

LA EXPEDICIÓN DE MIRANDA A VENEZUELA VISTA POR SEIS VOLUNTARIOS NORTEAMERICANOS

Ildfonso Méndez Salcedo (*)

Nota introductoria

Es ya un lugar común afirmar que Francisco de Miranda es uno de los hispanoamericanos más universales de todos los tiempos. Este sitio de honor lo comparte con otros dos venezolanos de excepción: Simón Bolívar y Andrés Bello. La figura del Precursor de la independencia de Hispanoamérica, como ha dado en llamársele, ha sido motivo de infinidad de estudios, entre biografías, monografías temáticas, compilaciones documentales, capítulos en obras colectivas y artículos en publicaciones periódicas. Toda una biblioteca, integrada por varios miles de volúmenes en diversas lenguas, deberán consultar los interesados en conocer la forma cómo ha sido abordado el más antiguo de los próceres venezolanos.

Las gestiones realizadas por Miranda para promover la independencia de Hispanoamérica, están entre los aspectos más analizados de su trayectoria. Sus diligencias ante las cortes europeas, especialmente la británica, y ante el gobierno norteamericano, han despertado el interés de los investigadores. En tal sentido, merece destacarse una de las últimas etapas de su periplo individual: su permanencia en los Estados Unidos (1805-1806) con el fin de organizar una expedición armada hacia Venezuela. Por fortuna se cuenta con diversas fuentes documentales que permiten el estudio pormenorizado de tal acontecimiento. El presente trabajo intenta sistematizar las noticias existentes, sobre todo las que provienen del relato de seis voluntarios norteamericanos que escribieron al respecto: William Armstrong (1806), James

(*) Miembro del Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela de la Universidad de los Andes (Mérida) e Individuo de Número de la Academia de Historia del Táchira (San Cristóbal).

Biggs (1808), John H. Sherman (1808), Moses Smith (1812), John Edsall (1831) y Henry Ingersoll (1898).

Itinerario seguido por la expedición

En noviembre de 1805 arribaba Miranda a los Estados Unidos por tercera y última vez. Llevaba como misión ejecutar su viejo proyecto sobre la liberación de Hispanoamérica del dominio español. Sin pérdida de tiempo se puso en contacto con las máximas autoridades norteamericanas: el secretario de Estado, James Madison y el presidente de la República, Thomas Jefferson, que lo recibieron con la mayor amabilidad e interés hacia su persona, pero sin asegurarle ningún tipo de apoyo oficial para la ejecución de sus planes. Igualmente, entró en comunicación con dos viejos amigos: Rufus King y William Smith, quienes habían representado el gobierno norteamericano ante la corona británica. Ambos le brindarían la más decidida ayuda y le recomendarían a dos personas influyentes: Samuel Ogden, armador estrechamente vinculado con Haití y Thomas Lewis, navegante con experiencia en el mar Caribe.

Los preparativos para la campaña no se hicieron esperar: se recaudaron los recursos necesarios para su organización; se fletaron los servicios de una embarcación apropiada, un bergantín de 180 toneladas y 18 cañones, rebautizado por Miranda con el nombre de su primer hijo: el *Leander*¹; se reclutaron cerca de 200 hombres entre las personas que deambulaban sin ocupación en el puerto de Nueva York; y se adquirieron los materiales bélicos imprescindibles para la ejecución de las operaciones. En todo pensó nuestro Precursor, hasta en comprar un taller de imprenta y en contratar los servicios de seis operarios.

El 2 de febrero de 1806 zarpaba de Staten Island, en Nueva York, la expedición comandada por Miranda. La mayoría de la tripulación no conocía en ese momento su destino real; sólo sabían de su peligrosa misión los oficiales a cargo de la embarcación y de la tropa. El 19 de febrero arribaban a

1. No coinciden los autores cuando se refieren al número de toneladas y cañones de la famosa embarcación.

Jacmel (Haití), puerto en el que esperaban reforzar la expedición. A pesar de los problemas surgidos, lograron reclutar otros hombres e incorporar dos goletas: la *Bacchus* y la *Bee*. El 12 de marzo se izaba la bandera tricolor ideada por Miranda y el 25 se tomaba el juramento a los expedicionarios. El 28 siguiente partían hacia Aruba en donde permanecieron entre el 11 y el 16 de abril. En Venezuela ya se sabía de la expedición debido a los oportunos informes del embajador de España ante los Estados Unidos, el diligente marqués de Casa Irujo. Por lo tanto, no es de extrañar que las autoridades venezolanas hubieran tomado las previsiones necesarias.

El 27 de abril se acercaron a la costa de Ocumare con la intención de desembarcar durante la noche, pero fueron sorprendidos por dos embarcaciones españolas que apresaron a las goletas acompañantes del *Leander*. En total se tomaron unos 60 hombres, que fueron trasladados al castillo de Puerto Cabello para ser enjuiciados. El *Leander* continuó su marcha hacia Bonaire, Granada y Barbados. En esta última isla se recibió la ayuda del almirante Alejandro Cochrane. Ahora contaban con otras tres embarcaciones: los bergantines *Lily* y *Express*, y la goleta *Trimmer*. El próximo destino será la isla de Trinidad, adonde arribaron el 24 de junio siguiente. Durante un mes se dedicarán a gestionar los recursos necesarios para reiniciar la marcha de la expedición, siendo auxiliados por las autoridades de la isla y por comerciantes y navegantes particulares. Esta vez se lograron reunir alrededor de 400 hombres que se distribuyeron en diez embarcaciones: además del *Leander*, como nave capitana, y de las tres embarcaciones ya mencionadas, los bergantines *Provost*, *Attentive* y *Comodore Berry*, y las cañoneras *Bull-Dog*, *Dispatch* y *Mastiff*.

Entre el 23 y el 25 de julio zarpaba la expedición en esta segunda etapa. El 2 de agosto fondearon frente a La Vela de Coro. El 3 se inició el desembarco y el 4 ocuparon la ciudad de Coro, que lucía desierta por la huida de sus habitantes. Miranda puso en circulación algunos de los impresos realizados en el *Leander* informando los objetivos de su empresa. Igualmente se dirigió a las autoridades de Jamaica, Trinidad y Barbados en solicitud de auxilios. Nadie atendió a sus requerimientos. Esta indiferencia, así como el bloqueo de las vías hacia las otras ciudades de la provincia, indujeron a Miranda a ordenar la evacuación del territorio ocupado por sus hombres. El 10 de agosto estaban de nuevo en La Vela y el 13 se reembarcaron para cumplir con el itinerario final de la expedición: Aruba, Granada, Barbados y Trinidad. A este último destino arribaba el Precursor el 9 de noviembre siguiente.

De este modo, sin resultados favorables, concluía una acción iniciada nueve meses antes en los Estados Unidos, aunque soñada y planificada por Miranda durante años.

Testimonio de seis voluntarios norteamericanos

1. William Armstrong

La obra de Armstrong es la primera, cronológicamente hablando, entre las publicadas por los norteamericanos que acompañaron a Miranda en su expedición. Escrita en inglés fue impresa en Nueva York en 1806². Está redactada en forma epistolar al igual que las de James Biggs y Henry Ingersoll. Lamentablemente, en Venezuela nos ha sido imposible examinar un ejemplar de esta obra, aún no traducida al español. Sin embargo, para compensar este vacío, disponemos del texto de una carta dirigida por Armstrong a Henry Dundas, vizconde de Melville, ministro de la Marina Británica, fechada en Aruba, el 18 de septiembre de 1806. Es probable que esta sea una de las cartas incluidas en su obra mayor³.

Armstrong le recuerda en su carta al vizconde de Melville que le había escrito “en dos o tres anteriores ocasiones” informándole del “ataque contra las posesiones españolas en América del Sur”. Esta fue una empresa en la que él se embarcó como “segundo en el mando con el general Miranda, es decir como Intendente de cualquier ejército que él pueda organizar en su presente expedición, para llevar a cabo una revolución en Sur América y dar libertad a la más abyecta y oprimida humanidad”⁴. En la carta se abordan dos puntos de interés: primero, la descripción del itinerario seguido entre el 2

2. Es lo que afirma José Nucete-Sardi en los prólogos a las obras de James Biggs, *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*. 2a. ed. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996, p. xviii, y de John Edsall, *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*. 3a. ed. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996, p. 12.

3. Poseía el documento el bibliófilo Víctor F. Schroeter, residente en Nueva York, quien lo adquirió en Londres. La traducción al español fue publicada en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, XXIV: 96 (Caracas, octubre-diciembre de 1941), pp. 405-410. En la nota que encabeza la comunicación se indica que el manuscrito había permanecido inédito.

4. W. Armstrong, *Op. cit.*, pp. 405-406.

de febrero, al zarpar de Nueva York, y el 18 de septiembre, fecha en la que aún permanecían en Aruba; y segundo, la propuesta para que Gran Bretaña ayudara a reorganizar una nueva expedición hacia Tierra Firme. Veamos ambos puntos por separado, buscando complementar las noticias conocidas.

La larga permanencia en el puerto de Jacmel, de casi cinco semanas, se debió a la esperanza que tenían de que se les uniera “un barco muy bueno de 18 cañones de a 24 libras, y con 220 hombres a bordo”. Sin embargo, a pesar de las promesas del capitán de esa embarcación nada se logró al respecto. A finales de abril intentaron desembarcar en un lugar ubicado entre Puerto Cabello y La Guaira, pero fueron sorprendidos por dos embarcaciones españolas que atraparon a los dos “veleros” acompañantes del *Leander*. De este modo, se perdieron “aproximadamente 18 oficiales y 38 hombres, la flor de nuestro pequeño ejército, que habían sido embarcados en estos veleros para ser los primeros en desembarcar”. Desalentados por tan grave pérdida, decidieron volver a Trinidad para reponer sus fuerzas, haciendo escala en Bonaire y Barbados. Fue imposible lograr que las autoridades de dichas islas se comprometieran de manera directa con la expedición, pues según decían no tenían instrucciones al respecto. Sin embargo, en Barbados, el almirante Cochrane, les suministró una corbeta que los escoltó hasta Trinidad. A pesar de las gestiones realizadas fueron muy escasos los refuerzos conseguidos, pero lograron que se les unieran “algunas pequeñas goletas y veleros” enviados por Cochrane para proteger el desembarco en Tierra Firme⁵. Es interesante conocer la opinión de Armstrong sobre las limitaciones que tuvieron para atacar las costas venezolanas: “Si hubiéramos tenido fuerzas terrestres suficientes, era la intención del general Miranda desembarcar en Cumaná o Barcelona y de allí marchar hacia Caracas. Pero nuestras tropas, aunque tal vez suficientes para tomar uno u otro de estos sitios por asalto, eran desproporcionadas para retenerlos y marchar tierra adentro. Por consiguiente decidimos irnos más a sotavento para probar un desembarco donde sabíamos que había menos tropas y obstáculos para resistirnos”⁶.

El 3 de agosto desembarcaron en La Vela de Coro. De inmediato 190 hombres “arrojaron a 400 españoles y 600 indios de las baterías y

5. *Ibidem*, p. 406.

6. *Ibidem*, pp. 406-407.

fortificaciones” aledañas. Al anochecer partieron hacia Coro, distante doce millas, adonde arribaron al amanecer del día siguiente, encontrando desierta la ciudad, pues la población se había alistado en el ejército (los hombres) o había huido aterrorizada (las mujeres y los niños) ante las “noticias falsas sobre la crueldad del general Miranda y de su ejército”⁷. No obstante, con el paso de los días muchos de los lugareños regresaron a sus casas. La población de Coro despertó en Armstrong el siguiente comentario: “Por mis propias observaciones y conversaciones con los habitantes, supe que estaban completamente dominados por su clero el cual ejerce un poder tiránico. Fuera de las casas de los profesionales, no existen más libros sino los que tratan de religión en todos los cuales el primer dogma importante es obediencia rígida al sacerdocio. En muchas de las casas descubrí grandes cantidades de mercancías secas, tres cuartos de las cuales eran de manufactura británica”⁸.

La dificultad para abastecerse de agua y provisiones, así como la poca seguridad que les ofrecían Coro y La Vela, los llevaron a reembarcarse en busca de un lugar más apropiado. Al anochecer del 12 de agosto partieron hacia Aruba, donde se desató entre la tripulación una “violenta fiebre inflamatoria” que afectó a más de 40 hombres, varios de los cuales murieron. La necesidad de lograr la recuperación de los enfermos, así como de obtener respuesta a las comunicaciones enviadas por Miranda desde La Vela, los retuvieron en aquella isla por más de seis semanas. Según Armstrong, la intención de Miranda era partir hacia Trinidad, “terminar allí la expedición y licenciar a todos los comprendidos en ella, si no recibe el auxilio que *una vez* se forjó la ilusión de que recibiría del Gobierno Británico” (sic)⁹.

Por último, en el caso de que continuara la guerra de Gran Bretaña con España y Francia, Armstrong le proponía al vizconde de Melville, que apoyara la empresa mirandina. Trataba de persuadirlo del siguiente modo: “Todo lo que se necesita es una fuerza suficiente para inspirar confianza a los habitantes que en todas partes se congregarían en torno a la bandera de Miranda de quien tienen muy alta idea y quien es de seguro el hombre más apto que alguna vez haya existido en el país para llevarlo a cabo. Perdedlo y entonces

7. *Ibidem*, p. 407.

8. *Ibidem*, pp. 407-408.

9. *Ibidem*, p. 408.

todo se acaba porque *ninguna otra persona* posee la confianza del país”. A lo que agregaba: “Un ejército de cinco mil plazas, compuesto de 3.500 infantes, 500 hombres de caballería ligera, 250 de artillería montada, con un cuerpo de estado mayor proporcionado, sería todo lo necesario para llegar a la ciudad de Caracas, dentro de pocos días después de desembarcar y con ella las tres provincias se rendirían pronto o mejor dicho se sublevarían porque estoy perfectamente persuadido que nueve décimas de los habitantes de aquellas provincias están listas para rebelarse”(sic)¹⁰.

Se hacía necesario enviar una escuadra británica a Barbados para enfren-
tar un posible ataque francés sobre Tierra Firme. Igualmente debían desta-
carse varias embarcaciones de guerra para proteger el traslado y el desembar-
co de las tropas. Se requería de hombres aptos para soportar las fatigas pro-
ducidas por el clima de aquella región; de tropas ligeras convenientemente
armadas y vestidas; y de armas, municiones y uniformes para los “habitantes
indígenas” que se sumaran al ejército mirandino.

En cuanto a la compensación que recibiría la metrópoli patrocinante, es-
cribía lo siguiente: “Los gastos de Gran Bretaña resultarían solamente provi-
sionales porque el país pronto y de buena gana los reembolsaría, en tanto
que sus comerciantes gozarían del comercio y privilegios exclusivos. A causa
de la dificultad de exportarlos al presente, el país tiene exceso de productos,
aunque ahora se cosecha muy pequeña proporción comparada con lo que se
obtendría más tarde bajo un gobierno benigno y libre”¹¹.

2. James Biggs

Entre las obras publicadas por los expedicionarios norteamericanos que
acompañaron a Miranda, la de Biggs ha sido la más editada hasta ahora.
Veamos el registro bibliográfico de la edición príncipe:

*The history of Don Francisco de Miranda's attempt to effect a Revolution
in South America, in a series of letters. By a gentleman who was an officer*

10. *Ibidem*, p. 409.

11. *Idem*.

under that general, to his friend in the United States. To which are annexed, sketches of the life of Miranda, and geographical notices of Caracas. Boston: Published by Oliver and Munroe, 1808. xi, 300 p.

El libro tuvo un éxito inmediato, a juzgar por las ediciones en inglés publicadas durante los cuatro años siguientes:

- London: Printed for the author, by T. Gillet, 1809. xv, 1, 312 p.
- Boston: Published by Edward Oliver, 1810. xi, 312 p.
- Boston: Published by Edward Oliver, 1811. xi, 312 p.
- Boston: Oliver and Munroe, 1812. xi, 300 p.¹²

Manuel Segundo Sánchez y José Nucete-Sardi mencionan que la obra de Biggs se imprimió sin llevar su nombre en la portada, excepto para la edición londinense, posiblemente porque el autor no quiso verse afectado por las acciones legales que se emprendieron en Estados Unidos después del fracaso de la expedición¹³.

Hubo que esperar bastante tiempo para que el libro apareciera en español, editado con motivo del bicentenario del nacimiento de Miranda:

- *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América. En una serie de cartas dirigidas a un amigo suyo en los Estados Unidos por un caballero que fue oficial bajo las órdenes de aquel general a las cuales se agregan rasgos de la vida de Miranda y noticias geográficas de Caracas.* Traducción y prólogo: José Nucete-Sardi. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1950. xxiii, 252 p.

12. Esta información figura en Manuel Segundo Sánchez, *Bibliografía venezolana*. 3a. ed. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana; Banco Central de Venezuela, 1996, p. 26 (núms. 85, 86 y 87); en Blas Bruni Celli, *Venezuela en 5 siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998, pp. 177-178 (núms. 691, 692, 693, 694 y 695); y en el prólogo de J. Nucete-Sardi a la obra de Biggs, *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*. 2a. ed. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996, pp. xviii y xx.

13. M. S. Sánchez, *Op. cit.*, p. 26 y J. Nucete-Sardi, Prólogo a la obra de J. Biggs, p. xx.

Posteriormente, se volverá a editar, esta vez como motivo de los 180 años de la muerte del Precursor:

- Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996. xxxi, 252 p. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 58; Colección Ambrosio Plaza, 6).

La obra, redactada en forma epistolar, se distribuye en 28 cartas, fechadas entre el 5 de febrero de 1806, una vez que ha partido el *Leander*, y el 21 de agosto de 1808, habiendo regresado su autor a los Estados Unidos. Biggs nos aclara la finalidad de su obra en el párrafo inicial del prefacio: “Las cartas de este volumen dan cuenta del comienzo, progreso y terminación del intento de Miranda para efectuar una revolución en Sur América. Los hechos surgen de la observación directa del autor o fueron obtenidos después de cuidadosa investigación. En Historia, dice un moralista y crítico, todo debe ser dicho. El autor ha dicho todo lo que le pareció propio de ser relatado y, a la vez, interesante para el lector. Estas cartas fueron escritas para información de los amigos del autor y para ayudar su propia memoria. Después de muchas deliberaciones y algunas dudas, fue inducido a enviarlas a la imprenta”¹⁴. Veamos, entonces, lo más interesante de su relato.

El *Leander* partió de Nueva York con casi 200 hombres a bordo. El barco, cuya capacidad rondaba en las 200 toneladas, estaba comandado por el capitán Thomas Lewis, un marino bastante experimentado. La mayoría de los tripulantes desconocía el “objeto y destino” de la empresa en la que se habían enrolado. Sólo a muy pocas personas se les había revelado el “secreto”. Al respecto se obraba con mucha cautela y discreción. El autor anotaba a los pocos días de haber zarpado lo siguiente: “puedo decir que estamos comprometidos en una expedición para alguna parte de los dominios españoles, probablemente en Sur América, con la mira de ayudar a los habitantes a quitarse el yugo opresivo del país que los domina y establecer un gobierno por sí mismos, sobre lo cual nuestro general nos ha dicho que ellos lo han resuelto, y para esto, dice él, que ellos están dispuestos y preparados”. Para la ejecución de las operaciones se embarcaron “armas de diversas descripciones, municiones, uniformes y toda clase de equipaje militar necesario para una campaña”¹⁵. Creía que se obraba de manera legal

14. J. Biggs, *Op. cit.*, p. 3.

15. *Ibidem*, p. 7.

habiéndose obtenido la aprobación del gobierno norteamericano. Tenía fundadas esperanzas en que al conocerse los objetivos de la expedición mirandina, los habitantes de Sur América se unirían a la misma. Igualmente estaba seguro de que recibirían el apoyo británico.

El 17 de febrero el general Miranda comunicaba a la tripulación del *Leander* los nombramientos realizados para el “Ejército Colombiano”. En los tres primeros rangos estaban los hombres en los que más confiaba: William Armstrong, coronel adscrito al Primer Regimiento de Rifleros; Thomas Lewis, coronel asignado al Primer Regimiento de Infantería Norteamericana; y William Steuben Smith, teniente coronel que actuaría como “Ayuda de Campo del Comandante en Jefe”. En el puesto 23 figuraba James Biggs como segundo teniente del cuerpo de Artillería. Por otra parte, el coronel Armstrong tendría bajo su responsabilidad la Intendencia del Ejército, debiendo ser auxiliado por cuatro oficiales, entre ellos el teniente Biggs¹⁶.

El 18 de febrero estaban frente al puerto de Jacmel (Haití)¹⁷. Los primeros en desembarcar fueron el capitán Lewis y el mayor Smith, quienes se trasladaron a Puerto Príncipe para negociar la incorporación a la empresa mirandina del *Emperador*, embarcación comandada por el capitán Jacob Lewis, hermano del primero. Ante la dificultad de llegar a un acuerdo satisfactorio, se optó por contratar los servicios de dos goletas norteamericanas: la *Bee* y la *Bacchus*. Biggs no consideró apropiadas estas embarcaciones, pues no estaban equipadas para defenderse. Ninguna tenía cañones, excepto la *Bacchus*, a la que se le había incorporado uno ante la insistencia de su capitán. Por otra parte, agregaba el autor: “Ninguna de las goletas, según me informan, tiene sus papeles regularmente arreglados para salvarse de ser capturadas por los cruceros o corsarios que por todas partes infestan estas aguas. Toda su dependencia es guardada estrechamente por el ‘Leandro’, y si ellas se separan, puedan las gracias del cielo ser su protección, pues no tienen otra”¹⁸.

16. *Ibidem*, pp. 16-20. Es interesante conocer el juicio de Biggs sobre los oficiales de mayor jerarquía. En cuanto a Armstrong escribe lo siguiente: “Armstrong tiene no pocos conocimientos militares. Tiene método, es industrioso, vigilante, activo y hay motivos para presumirle coraje. Estaba bien preparado para los deberes de su cargo, habiendo servido algún tiempo en el ejército británico en esa misma línea. Con menos obsequiosidad para con sus superiores y menos altanería y tiranía en su trato para sus inferiores, hubiera sido más útil a nuestra empresa, y tendría más amigos”. *Ibidem*, p. 194.

17. Es muy común que los expedicionarios escriban Jacquemel, que era como se conocía este puerto para la época en que lo visitaron.

18. *Ibidem*, p. 42.

El 12 de marzo se izaba en el *Leander* el pabellón tricolor traído por Miranda. El 24 siguiente cada miembro de la tripulación se sometía al juramento de fidelidad hacia la empresa libertadora. Entre otros puntos, el texto decía lo siguiente: “Juro ser fiel y leal al pueblo libre de Sur América, independiente de España, y servirle honrada y lealmente contra todos sus enemigos y opositores, cualesquiera que sean, y observar y obedecer las órdenes del supremo gobierno de aquel país legalmente nombrado; y las órdenes del General y los Oficiales que me sean dadas por ellos”¹⁹.

El 28 de marzo partían de Jacmel, después de una demora tan “deplorable” que disminuía las posibilidades de desembarcar con sorpresa en Tierra Firme. Se habían sumado a la expedición varios hombres que fueron incorporados al Primer Regimiento Norteamericano de Infantería. Llamaron la atención los continuos enfrentamientos entre Armstrong y Lewis, quienes se disputaban el control de la embarcación, por lo que Miranda debía intervenir para apoyar las demandas del uno o del otro, según fuera el caso. Igualmente, surgieron controversias entre Miranda y Lewis, dos personalidades de difícil trato, según la opinión del autor.

Entre el 11 y el 16 de abril permanecieron en Aruba, tiempo que aprovecharon para reforzar las medidas de seguridad, reparar algunos daños en la *Bee* y ejercitar a los hombres en tierra. El 23 anclaron frente a Bonaire, adonde había llegado antes la *Bacchus* en solicitud de información sobre embarcaciones británicas favorables a la expedición. El 24 llegaron a Curazao. Alcanzado un acuerdo con Lewis y los hombres bajo su mando, Miranda ordenó a la tripulación estar preparados para el desembarco en Tierra Firme.

El 27 de abril estaban frente a Ocumare con la intención de desembarcar durante la noche. De pronto avistaron dos guardacostas españoles muy cerca de Puerto Cabello. Se intentó darles cacería, pero el general Miranda prefirió no distraer los preparativos para el desembarco. En la noche, la falta de luz y la inexperiencia del piloto impidieron el desembarco de la tripulación. En la mañana siguiente, estando a considerable distancia, fueron atacados por los guardacostas españoles, los cuales escogieron acercarse a la *Bee* y a la *Bacchus*, en lugar de enfrentarse a la nave capitana, que se mantuvo a una distancia prudencial. Las dos goletas se habían alejado demasiado, ignorando las

19. *Ibidem*, p. 38.

órdenes impartidas y sin poder conocer las señales que se les enviaban desde el *Leander*. El resultado no pudo ser más desastroso: ambas embarcaciones cayeron en manos de los españoles, con lo cual se frustraban los planes de la expedición.

El 29 de abril arribaron a Bonaire buscando reponer las reservas de agua. Después de la partida, Miranda convocó a un consejo de guerra al que le propuso dos planes de acción: el primero, seguir hacia Trinidad en solicitud de auxilio militar y naval; y el segundo, desembarcar en Coro sin pérdida de tiempo. De manera unánime se escogió la primera opción. Miranda aún mantenía la esperanza de conseguir algún tipo de ayuda entre los británicos.

El 28 de mayo, después de un mes en el mar, se encontraron con la corbeta británica *Lily*, que los auxilió hasta su arribo a Granada. Maitland, el gobernador de la isla, acogió a Miranda con hospitalidad ofreciéndole satisfacer las necesidades de sus hombres. Confiaba en que Inglaterra acordaría ayudarlo en su empresa libertadora. Biggs anotaba al respecto: “Estas circunstancias revivieron un poco el espíritu de nuestros voluntarios, que habían casi enfermado en la expedición y estaban dispuestos a abandonar a Miranda”²⁰.

El 6 de junio arribaron a Barbados donde esperaban obtener auxilios de las autoridades de la isla. En efecto, el almirante Cochrane les suministró varias embarcaciones permitiendo que algunos voluntarios se sumaran a la expedición. Antes de la partida “se arregló un acuerdo entre el General Miranda, en representación del pueblo libre de Sur-América, y el Almirante Cochrane como Agente de su Majestad Británica; las bases de esta estipulación asentaban que el Almirante C., ayudaría al General Miranda con cierto número de buques de guerra inmediatamente, y que él podría después dar los refuerzos que estuviera en su poder ofrecer en caso de que fuesen solicitados por Miranda; y que, en el caso de que se tuviera éxito, la Gran Bretaña debía ser tenida siempre por el General Miranda y por el Gobierno que éste pudiese establecer, en el pie de las naciones más favorecidas; que las importaciones en buques británicos obtendrían una deducción del diez por ciento sobre los derechos pagables por otras naciones amigas, excepto los Estados Unidos de Norte-

20. *Ibidem*, p. 82.

América”²¹. Aunque este acuerdo comenzaría a regir después de su aprobación por el gobierno británico.

El 24 de junio arribaron a Trinidad donde esperaban organizar la segunda etapa de la expedición. Sin contar con el apoyo directo de las autoridades británicas fueron incorporando los hombres y las embarcaciones requeridas para la empresa. En un mes lograron reunir casi 400 hombres que se distribuyeron en las siguientes embarcaciones: *Leander* (16 cañones), *Lily* (20), *Express* (12), *Attentive* (14) y *Provost* (10), que eran las mayores; *Bull-Dog*, *Dispatch* y *Mastiff*, con dos o tres cañones; y *Trimmer* y *Comodoro Barry*, buques mercantes.

Entre el 23 y 24 de julio partieron de Trinidad. Una semana después, el 2 de agosto estaban frente a La Vela de Coro. El desembarco de las dos primeras divisiones se produjo en la mañana del día 3. De inmediato se iniciaron las operaciones para tomar el fuerte del lugar y la fortaleza más cercana. Debieron enfrentar a una fuerza constituida por 500 o 600 hombres, quienes ante la continuidad del fuego invasor prefirieron abandonar sus plazas. En la noche marcharon hacia Coro, ciudad que consiguieron desierta al amanecer del día siguiente. Desde allí se puso en circulación la proclama de Miranda a los habitantes del continente, donde les informaba los objetivos de la empresa libertadora. A nadie parecía interesarle la oferta. Biggs atribuía tal indiferencia a la campaña organizada por las autoridades: “La gente había sido compelida a abandonar sus hogares por órdenes precisas del comandante, que amenazó con castigar severamente a todos los que se quedasen rezagados si volvían a caer en sus manos. Los sacerdotes también instruyeron a los habitantes de sus parroquias, diciéndoles que habían sido invadidos por una banda de hombres fuera de ley, bandidos heréticos e infieles, que venían no sólo a robarles sus propiedades sino también a privar sus almas de la salvación, propagando dañosos principios entre los devotos de la Santísima Virgen”²².

El 9 de agosto emprendieron el regreso a La Vela. Estando en el puerto recibieron noticias sobre la cercanía de un cuerpo de caballería española. Aunque Miranda tomó las previsiones del caso no se produjo el temido enfrentamiento. El día 13 concluyeron la evacuación de las tropas y zarparon

21. *Ibidem*, p. 85.

22. *Ibidem*, p. 105.

hacia Aruba. Miranda pensaba reorganizar la expedición y desembarcar en un lugar más favorable para sus planes. Días antes había enviado un oficial de confianza con despachos para el gobernador de Jamaica y el almirante Draces. Tres actividades ocuparon a los expedicionarios durante su larga permanencia en Aruba: ejercicios regulares, recuperación de los infectados con “fiebre inflamatoria” y procesamiento de los acusados por diversas faltas. A mediados de septiembre se conoció la respuesta negativa de las autoridades de Jamaica a la solicitud de auxilio para la expedición. Poco después, también se conoció la negativa del gobernador de Curazao a la propuesta de Miranda para ocupar de manera pacífica el territorio bajo su jurisdicción a cambio de una suma de dinero.

El 27 de septiembre salieron de Aruba. Miranda iba a bordo de la fragata británica *La Seine*. Biggs permaneció con algunos de sus compañeros en el *Leander*, sufriendo los contratiempos surgidos por la inexperiencia del nuevo capitán de la nave y por las arbitrariedades del coronel Armstrong; a lo que se sumaba la carencia de agua y provisiones. El 21 de octubre llegaron a Granada, lo que aprovecharon para reabastecerse de lo más necesario. Seis días después arribaba el *Leander* a Trinidad. Miranda llegaría el 9 de noviembre, procedente de Barbados, en la corbeta *Melville*. Todos esperaban los arreglos pertinentes para finalizar la expedición: los oficiales y soldados que se les abonaran los sueldos atrasados, y los dueños y comandantes de las embarcaciones que se les cancelaran los servicios contratados. Igualmente, los comerciantes de Trinidad le exigieron al gobernador Hislop que ordenara la expulsión de Miranda y de sus seguidores ante los perjuicios que ocasionaba su presencia en la economía de la isla.

Miranda no se resignaba a aceptar el fracaso de su empresa. A finales de 1806 enviaba a Londres al conde de Rouvray en busca de la cooperación del gobierno británico para reemprender las operaciones. Después de una larga espera, en el otoño siguiente, se enteraba del fracaso de las gestiones. Fue cuando se decidió a vender el *Leander* y a cancelar parte de la deuda que aún tenía con quienes lo acompañaban. Finalmente, en diciembre de 1808 se embarcaba con destino a Londres, donde lo esperaban su esposa y sus dos pequeños hijos.

A pesar de haber permanecido en el *Leander*, donde reinaba el mayor hermetismo, Biggs estaba informado de la suerte sufrida por los compañeros

apresados durante las acciones del 28 de abril de 1806. En su carta del 6 de mayo, es decir una semana después, figura la lista preliminar de los prisioneros entre oficiales y soldados. Aunque confiesa desconocer el nombre de siete de ellos²³. Posteriormente, el 30 de noviembre, suministra la lista con el nombre y el lugar de nacimiento de cada uno de los prisioneros. Los clasifica en cuatro grupos: los 10 que fueron ejecutados; los 14 que se destinaron a diez años de trabajos forzados en Omoa, entre los que constan John Edsall, Henry Ingersoll y John H. Sherman; los 14 condenados a una pena similar en Puerto Rico, entre los que iba Moses Smith; y los 16 destinados a ocho años en Boca Chica. También consigna los nombres de las tres personas fallecidas el 28 de abril o después, durante el cautiverio²⁴. En total, 57 personas apresadas, que corrieron con distinta suerte, según vimos.

Al final de la obra, en forma de apéndice, suministra otras noticias sobre los prisioneros utilizando los datos aportados por uno de ellos a su regreso a los Estados Unidos²⁵. Entre otros puntos, se refiere a los siguientes hechos ocurridos entre 1806 y 1807: examen e interrogatorio de los prisioneros (junio); lectura de la sentencia acordada por el tribunal (20 de julio); ejecución de los sentenciados a morir en la horca (21 de julio); traslado de los prisioneros a Boca Chica (7 de agosto); memorial dirigido al Presidente, Senado y Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América por 20 norteamericanos confinados en Cartagena (30 de diciembre); y fuga de la prisión (7 de noviembre) de un grupo de confinados (18 en total) que serían capturados después de varios días de persecución, excepto los tres que dirigían la marcha, quienes lograron huir en un bote hasta ser rescatados lejos de la costa por una embarcación norteamericana. De este modo, en enero de 1808, llegaban a su país de origen los tres afortunados: Lippincourt²⁶, Sherman y Smith. El autor finaliza consignando los nombres de los 15 compañeros que aún estaban en prisión para la segunda mitad de 1808, cuando culmina y ordena la impresión de su obra: dos seguían confinados en Omoa, uno en Puerto Rico y 12 en Boca Chica.

23. *Ibidem*, pp. 67-68.

24. *Ibidem*, pp. 190-193.

25. *Ibidem*, pp. 235-246. Sospechamos que se trata de John H. Sherman, cuya obra aporta valiosa información sobre el destino de los prisioneros.

26. Este apellido figura escrito de distintas maneras: Lippencott (p. 67), Lippincott (p. 192) y Lippincourt (p. 245).

Por último, llama la atención la manera como se refiere Biggs al general Miranda. Aunque reconoce que es un hombre con una personalidad extraordinaria, admirable por su conocimiento y experiencia²⁷, no deja de censurarlo cuando se refiere a sus errores como jefe de la expedición. Veamos algunos casos en concreto: frecuentes y acaloradas discusiones con Thomas Lewis, capitán del *Leander*, lo que puso en peligro el desarrollo de las operaciones²⁸; falta de previsión ante el peligro que representaban las embarcaciones españolas que apresaron a la *Bacchus* y la *Bee*²⁹; utilización de la violencia física para castigar las faltas cometidas por los hombres bajo su mando³⁰; falta de comunicación y de solidaridad con el grueso de la tripulación³¹; engaño al que sometió a sus hombres al hacerles creer que los habitantes de Tierra Firme apoyarían su intento revolucionario³²; falta de coherencia y de continuidad en sus planes bélicos después de haberse logrado el desembarco y la ocupación de La Vela y Coro³³; ausencia de interés por los hombres apresados durante las acciones del 28 de abril³⁴; descontento de los oficiales norteamericanos con los grados conferidos por Miranda entre las personas incorporadas a la expedición en Trinidad³⁵; indiferencia ante la conducta arbitraria y hostil del nuevo capitán del *Leander*³⁶; violación del contrato de comercio firmado con el capitán Eduardo Meade, comandante del bergantín *Comodoro Barry*³⁷; incumplimiento de las obligaciones acordadas con el capitán John Hancock, comandante de la goleta *Trimmer*³⁸; desconocimiento de las deudas contraídas con los oficiales, soldados y marinos

27. Son varios los pasajes en los que el autor describe algunos rasgos de la personalidad de Miranda, pp. 11-12, 25-27, 86-87, 149-150 y 219-228.

28. *Ibidem*, pp. 23-25, 29, 47-48, 54-57, 58-59 y 85-86.

29. *Ibidem*, pp. 64, 69-70, 141-144 y 205-206.

30. *Ibidem*, pp. 73-75.

31. *Ibidem*, pp. 90-91.

32. *Ibidem*, pp. 95-96 y 141.

33. *Ibidem*, pp. 144-146 y 209-210.

34. *Ibidem*, pp. 143-146 y 210-211.

35. *Ibidem*, pp. 89-90 y 146.

36. *Ibidem*, pp. 155-157.

37. *Ibidem*, pp. 157-159.

38. *Ibidem*, pp. 167 y 170-175.

enganchados en la expedición³⁹; y errores en la estrategia, logística y organización de las operaciones⁴⁰.

3. John H. Sherman

La de Sherman es la tercera, siguiendo el orden cronológico, entre las obras publicadas por los expedicionarios norteamericanos sobre la empresa mirandina de 1806. En este caso el registro bibliográfico es el siguiente:

A general account of Miranda's expedition. Including the trial and execution of ten of his officers, and an account of the imprisonment and sufferings of the remainder of his officers and men who were taken prisoners.
New York: Printed by McFarlane and Long, 1808. 120 p.

Aunque en la portada no aparece el nombre del autor, se sabe que la obra fue escrita por el teniente Sherman, quien había sido testigo de los hechos relatados⁴¹. Este libro no tuvo el éxito de los otros dedicados al tema, sobre todo el de Biggs. Gran parte del texto de Sherman fue traducido al español por Edgardo Mondolfi e incluido en la siguiente compilación de su autoría:

Testigos norteamericanos de la expedición de Miranda: John Sherman, Moses Smith, Henry Ingersoll. Caracas: Centro Venezolano Americano; Monte Ávila Editores, 1992. El relato de Sherman figura entre las pp. 29-73.

Veamos los aspectos más notables de la obra de Sherman. Habiendo llegado a Nueva York, Miranda inició los preparativos para una expedición de carácter privado cuya finalidad sería “llevarles la libertad e independencia a sus compatriotas”. Esta era una empresa “contraria a las leyes de los Estados Unidos, que prohibían a un individuo tener la libertad, sin la autoridad del Poder, de abrir hostilidades o ejercer actos de fuerza contra la soberanía de

39. *Ibidem*, pp. 186-189.

40. *Ibidem*, pp. 204-210.

41. M. S. Sánchez, *Op. cit.*, p. 350 (núm. 775) y B. Bruni Celli, *Op. cit.*, pp. 1311-1312 (núm. 5903).

otro país”. Por lo tanto, los organizadores debieron actuar con el “más profundo secreto y bajo las más fingidas apariencias”⁴².

Según el testimonio del autor, sólo cuatro personas conocían los planes de la expedición: el coronel William Smith, encargado de supervisar el reclutamiento de los hombres; Samuel Ogden, dueño del *Leander* y principal financista de la expedición; el coronel William Armstrong, quien colaboró en la adquisición de los pertrechos; y el capitán Thomas Lewis, comandante de la embarcación. También trabajó en las tareas de reclutamiento John Fink, quien al parecer no estaba al tanto de las verdaderas intenciones de la empresa. A los hombres se les enganchó haciendo uso de las más “seductoras historias”. Se les dijo, “por ejemplo, (y se les impresionó con la idea), que les aguardaba una inmensa fortuna en recompensa por su trabajo; que el lugar adonde irían había dinero en abundancia y que, al llegar allí, no tendrían más que disfrutar de su tesoro; que el objeto del viaje era tomar posesión de algunas minas que habían sido descubiertas recientemente, y que se necesitaban hombres armados para defender el lugar de cualquier ataque de los salvajes mientras se extraía el oro y la plata de la entrañas de la tierra”; o que ‘irían a Nueva Orleans para encargarse de la guardia del correo’; o que ‘irían a Washington en calidad de guardia montada para escoltar al presidente, que iba a viajar’⁴³.

El material bélico necesario fue adquirido entre comerciantes y artesanos de Nueva York. Leamos el inventario de Sherman: “5.000 picas; 300 pistolas; 50 carabinas; 1.500 mosquetes; 2.000 espadas y cuchillos; 40 cañones; 2 piezas de cobre; 20 toneladas de balas de cañón; media tonelada de municiones para mosquete; 150 cuartos de pólvora; 2 docenas de sillas de montar con sus aparejos, y 700 uniformes y algunos otros trajes militares”⁴⁴. Todo lo cual fue embarcado con la mayor discreción, omitiéndose su contenido en la declaración exigida por los agentes de la aduana. De igual manera se procedió con la tripulación, que para evitar sospechas, sólo se pudo embarcar, junto con el general Miranda, en las cercanías del puerto.

El 3 de febrero de 1806, después de superados los contratiempos sufridos por la protesta de una parte de la tripulación que ya comenzaba a desconfiar

42. E. Mondolfi, *Op. cit.*, p. 35.

43. *Ibidem*, pp. 37-38.

44. *Ibidem*, p. 39.

de los objetivos de la empresa, partieron a bordo del *Leander*. El día 19 llegaron a Jacmel (Haití), donde esperaban la incorporación del *Emperador*, que como el *Leander*, era una embarcación dedicada al comercio ilegal bajo el amparo de Samuel Ogden. A pesar de las gestiones realizadas no se lograron resultados satisfactorios, por lo que tuvieron que negociar la incorporación de dos goletas norteamericanas recién llegadas a ese puerto: la *Bee* y la *Bacchus*.

El 27 de marzo siguiente, después de casi seis semanas en Haití, partía la expedición con rumbo a Tierra Firme. Sherman enjuicia esta escala de Miranda con las siguientes palabras: “Aunque sus fuerzas hubieran sido respetables y adecuadas desde un principio, esta demora bastaba por sí sola para derrotarlo. Haber previsto que podía realizarse una conquista o revolución de tan extensa magnitud, sin más poder ni fuerza que la constituida por su expedición, debió parecer a toda mente calculadora, algo bufo y quijotesco. Pero cualquier esperanza de éxito que pudo existir, bien fuera por la fuerza de las armas, la defección del enemigo o la adherencia de simpatizantes, se perdió aquí. Sólo un golpe audaz e inesperado habría podido crear una seria impresión sobre un enemigo tan numeroso... sólo un golpe así y nada más habría sumido al enemigo en la confusión, en su entonces inferior situación para enfrentarlo. Pero durante este intervalo, el enemigo se impuso de todos los pormenores de su operación: averiguó el número y poder de sus fuerzas que, aunque sirvieron en un principio para poner al país en cierto estado de alerta, sonaba tan desdeñable que sólo propendió a la larga a que los amigos de la causa desertaran de todo intento serio –si alguna vez lo tuvieron– de unírsele”⁴⁵.

Entre el 10 y el 15 de abril permanecieron en Aruba. El día 26 avistaron la costa venezolana y decidieron desembarcar en Ocumare, un pequeño pueblo ubicado diez millas al este de Puerto Cabello. A la distancia descubrieron la presencia de dos guardacostas españoles, que al intentar perseguirlos se dieron a la fuga. Entonces, decidieron acercarse al puerto para realizar el desembarque. La *Bacchus* llegó a estar a una milla de distancia, mientras que el *Leander* y la *Bee* permanecieron a unas ocho millas. Por su parte, los guardacostas españoles reaparecieron, manteniéndose unas diez millas a barlovento de Ocumare. El 27 en la mañana vieron como una de las embarcaciones enemigas se acercaba rápidamente a la *Bacchus*. De inmediato,

45. *Ibidem*, pp. 51-52.

se ordenó a la *Bee* que se aproximara a la *Bacbus* para la defensa, mientras que el *Leander* se les uniría por estribor. El fuego se había iniciado favoreciendo a las embarcaciones españolas (un bergantín de 20 cañones y una goleta de 18 cañones). De pronto, observaron que el *Leander* se daba a la fuga. A pesar de los intentos por salvarse, ambas goletas fueron perseguidas y atacadas por la artillería enemiga hasta decidirse la rendición.

Los prisioneros tomados, 60 hombres en total, fueron reclusos en las bóvedas del castillo de San Felipe en Puerto Cabello. Los trasladaron encadenados por parejas y al llegar les remacharon un grillo doble que unía los tobillos de los dos hombres. A finales de junio se inició el juicio bajo la conducción del Teniente Gobernador, quien era asistido por cuatro oficiales y varios intérpretes. Se les acusaba de “piratería, rebelión y asesinato de un súbdito de Su Majestad Católica”⁴⁶. Los interrogatorios duraron dos semanas. Primero se abordó de manera individual a cada prisionero y al final al grupo en su totalidad. Cada quien confesó lo que sabía sin comprometer a sus compañeros de prisión. Los expedientes fueron enviados a Caracas para su estudio y sentencia.

El 20 de julio siguiente, se comunicaba a los prisioneros, reunidos en el patio central del castillo, los resultados del juicio. Se les había condenado a sufrir las siguientes penas: 10 de ellos, “oficiales que venían bajo el mando del general Miranda”, a morir en la horca al amanecer del día siguiente, después de lo cual serían decapitados y sus cabezas expuestas en los “sitios más públicos del país” (La Guaira, Caracas, Ocumare, Valencia y Puerto Cabello); 15, “en su mayoría, oficiales con comisión o sin ella”, a diez años de prisión en el castillo de Omoa (Honduras); en este grupo se encontraban John H. Sherman, Henry Ingersoll y John Edsall; 14, “principalmente reclutas y mecánicos”, a diez años de prisión en el castillo de Puerto Rico; entre ellos figuraba Moses Smith; y 19, “casi todos marineros”, a ocho años de prisión en el castillo de Boca Chica (Cartagena)⁴⁷.

Al igual que Biggs, Sherman se refiere a las frecuentes disputas entre Miranda y Lewis sobre el control del *Leander*⁴⁸. También describe lo acontecido

46. *Ibidem*, p. 61.

47. *Ibidem*, pp. 66-68.

48. *Ibidem*, pp. 43, 52, 53 y 57.

el 27 de abril cuando fueron sorprendidos por los guardacostas españoles. Les recrimina, tanto a Miranda como a Lewis, que hubieran ordenado la retirada de la nave capitana dejando desprotegidas a la *Bacchus* y a la *Bee*. Estaba de acuerdo con quienes juzgaban de “cobarde y traidora” la actitud asumida por los comandantes del *Leander*, desconociendo sus propias órdenes y la protesta general de la oficialidad norteamericana. Leamos su testimonio al respecto: “Debería decirse en honor de quienes se portaron como verdaderos norteamericanos en esta ocasión que, cuando el capitán Lewis ordenó la fuga, muchos de los que estaban a bordo del *Leandro* se indignaron con la idea. Lewis los calmó diciéndoles que sólo deseaba atraer al enemigo a mar abierto para aventarlo en el ataque. Pero cuando el enemigo dejó de hostigar al *Leandro* para darse vuelta hacia las goletas, el señor Blakesley, el primer oficial cuya conducta era digna de mejores jefes, insistió junto a la mayoría de los oficiales de Nueva York en que debían volver proa al enemigo y rescatar a sus compañeros del peligro. Lewis se negó, pero Blakesley, quien comandaba la opinión de la oficialidad, obtuvo mayoría a favor del ataque; sin embargo, su intento se vio frustrado por el partido opositor. De esta forma vieron como sus compañeros, abandonados al peligro y en la mayor necesidad, hacían un postrer esfuerzo ante una fuerza tan superior”⁴⁹.

4. Moses Smith

La cuarta obra, respetando el orden cronológico, es la de Moses Smith, cuyo registro bibliográfico es el siguiente:

· *History of the adventures and sufferings of Moses Smith, during five years of his life, from the beginning of the year 1806, when he was betrayed into the Miranda expedition, until June 1811, when he was nonsuited in a action at law, which lasted three years and a half.*
Brooklyn: Printed by Thomas Kirk, 1812. 124 p.

Pocos años después aparecerían otras dos ediciones de la obra en inglés:

· Albany: Printed by Packard & Van Benthuyesen, for the autor,
1814. iv, 146 p.

49. *Ibidem*, pp. 57-58.

· Brooklyn: Printed by Thomas Kirk, 1815.⁵⁰

Posteriormente sería traducida al español, casi en su totalidad, por Edgardo Mondolfi e incluida en la compilación ya mencionada:

· *Testigos norteamericanos de la expedición de Miranda: John Sherman, Moses Smith, Henry Ingersoll*. Caracas: Centro Venezolano Americano; Monte Ávila Editores, 1992. El relato de Smith figura entre las pp. 75-107.

A diferencia de los otros textos analizados, el de Smith no abunda en noticias sobre la organización y desarrollo de la expedición mirandina, aunque sí se refiere al destino de una parte de los prisioneros desde su reclusión en Puerto Cabello hasta su fuga de Cartagena. Veamos lo más notable de su narración.

El 7 de agosto de 1806 los prisioneros subieron a bordo de *El Príncipe de la Paz*, embarcación que los conduciría desde Puerto Cabello hasta Cartagena. Al llegar a su destino, fueron alojados en tres celdas, de acuerdo con la sentencia dictada a cada grupo de prisioneros. Smith estaba entre los condenados a diez años en el castillo de Puerto Rico. Sin embargo, el tiempo transcurrió sin que los condenados a los castillos de Omoa y Puerto Rico fueran trasladados a sus destinos. El autor escribe al respecto: “siempre se pensó que, como los ingleses eran los dueños del mar, nuestros captores temían que fuésemos liberados en la travesía”⁵¹.

Smith describe en su relato diversos aspectos sobre la permanencia en Cartagena: convivencia con quienes ya estaban en la prisión, en su mayoría “pícaros, ladrones y asesinos”; enfermedad y muerte de varios de sus compañeros; trabajo desempeñado por los condenados a permanecer en Boca Chica; enfermedades más frecuentes; alimentación suministrada; sistema de grillos que los sujetaban; trato recibido de los soldados y carceleros;

50. M. S. Sánchez, *Op. cit.*, p. 355 (núm. 785); B. Bruni Celli, *Op. cit.*, pp. 1325-1326 (núms. 5984, 5985 y 5986); y J. Nucete-Sardi, prólogos a las obras de James Biggs, p. xviii y John Edsall, p. 12 y bibliografía de su libro *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Barcelona (España): Plaza & Janés, 1971, p. 313.

51. E. Mondolfi, *Op. cit.*, p. 81.

actividades realizadas por los destinados a Puerto Rico; y colaboración prestada por tres capitanes norteamericanos: Sanford, Barker y Carson⁵².

Aprovechando la visita del capitán Barker, habían dirigido un memorial a las autoridades del gobierno de los Estados Unidos (Presidente, Senado y Cámara de Representantes) informándoles de su suerte y solicitándoles su intervención al respecto. La petición, fechada en Cartagena, el 30 de diciembre de 1806, estaba firmada por 20 ciudadanos norteamericanos, entre ellos Smith. Allí explicaban que a casi todos se les había contratado “para que viajaran a Nueva Orleans y otros lugares no señalados, bajo el mando de los señores Armstrong y Durning quienes, como se afirmó falsa y bochornosamente, habían sido nombrados por el gobierno para conducir a dicho lugar a cierta cantidad de hombres como guardias del correo de los Estados Unidos”⁵³. Entre otros puntos los solicitantes se referían a lo siguiente: organizadores de la expedición; contingentes enganchados bajo engaño; itinerario seguido por el *Leander*; descontento y planes de fuga durante su escala en Jacmel; llegada a Tierra Firme y captura de la *Bee* y de la *Bacchus*; juicio y sentencia de los prisioneros; traslado y permanencia en Cartagena; testigos que podrían declarar a su favor en Nueva York; y derecho que los asistía para exigir la mediación del gobierno de su país.

Mientras tanto, en el grupo que esperaba su traslado a Puerto Rico se había acordado un plan para escapar de la prisión. El muro exterior de la celda estaba atravesado por una tronera que permitía la salida del agua durante la lluvia. Cada tronera medía entre cuatro y cinco pulgadas de ancho y estaba a dos pies del suelo. De inmediato comprendieron que ensanchando la brecha, unas cinco o seis pulgadas, podrían ir saliendo de uno en uno. Y así fue como ocurrió, después de cuatro meses de cuidadoso trabajo. Por otra parte, también se ocupaban de limar las barras de los grillos que los sujetaban. Finalmente, la noche del 7 de noviembre de 1807 escapaban de su cautiverio, aunque casi todos serían atrapados de nuevo, excepto tres de ellos, que después de cinco semanas de espera, pudieron abordar la embarcación que los conduciría de regreso a su país: Sherman, Lippincott y Smith.

52. *Ibidem*, pp. 79-85 y 90-92.

53. *Ibidem*, p. 86.

5. John Edsall

Nos corresponde analizar la obra de John Edsall, cuya descripción bibliográfica es la siguiente:

· *Incidents in the life of John Edsall*. Catskill [New York]: Published for the author, 1831. iv, 156 p.⁵⁴

Nada sabemos de la acogida dispensada por el público lector a esta obra; sin embargo, hasta donde alcanza nuestra información, no se volvería a editar en inglés. Mucho tiempo después sería traducida y editada en español con motivo del bicentenario del nacimiento de Miranda:

· *Memorias de un recluta de la expedición mirandina: Incidentes en la vida de John Edsall*. Traducción y prólogo: José Nucete-Sardi. Caracas: Ediciones Garrido, 1954. xii, 125 p.

Posteriormente, sería editada formando parte de una colección regional:

· Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1979. 135 p. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 57; Colección Ambrosio Plaza, 1).

Varios años después, se volvería a reeditar en la mencionada colección:

· Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996. 135 p. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 57; Colección Ambrosio Plaza, 1).

De entrada debemos señalar que la obra de Edsall no tiene la calidad narrativa de los otros libros escritos por sus compañeros, sobre todo el de Biggs. En este caso la información es menos rica en detalles y mucho más fragmentaria. La parte dedicada a la expedición mirandina y a la suerte que corrieron los prisioneros comprende los primeros diez capítulos de la obra. El resto de la narración lo dedica el autor a describir sus viajes posteriores

54. M. S. Sánchez, *Op. cit.*, p. 440 (Apéndice, núm. 1088) y B. Bruni Celli, *Op. cit.*, pp. 467-468 (núm. 2042).

por varios países del mundo. Veamos lo más relevante en lo que respecta al tema que nos ocupa.

Edsall se enroló en el *Leander* por consejo de John Fink, quien lo había tomado como aprendiz de matarife hacía varios años. Fink le había dicho que el objetivo de la misión era “proteger el correo que había sido robado en algún punto entre New Orleans y Washington. Expresó que tenía órdenes del Gobierno para contratar una guardia, y como alababa tanto lo bueno de la paga frente a lo liviano del trabajo, fui inducido a entrar en el servicio con otros quince jóvenes matarifes”⁵⁵.

El autor señala que desde el principio desconfió de las supuestas intenciones de la expedición en razón del mal trato que recibían de sus superiores y de la prohibición que tenían de hablar sobre el particular. En efecto, una vez en Jacmel (15 de febrero)⁵⁶ se enteraron de los verdaderos objetivos de la empresa: liberar a los suramericanos del “yugo del despotismo” impuesto por el gobierno español. A pesar de haber pronunciado el “juramento de fidelidad al pueblo de Sur América”, la mayoría de los hombres estaba de acuerdo en fugarse a la primera oportunidad. Durante casi seis semanas trataron de aumentar las fuerzas de la expedición. Aunque en vano esperaron la incorporación de la fragata inglesa *Cleopatra* y del barco mercante norteamericano *Emperador*. En su lugar contrataron, o forzaron la contratación, de otras dos embarcaciones: la *Bee* y la *Bacchus*.

El próximo destino serían las islas de Bonaire y Aruba, donde permanecieron unos días aprovechados para desembarcar y ejercitarse en el manejo de las armas. El general Miranda pasó revista a sus hombres y les aumentó el pago mensual. Poco después partieron hacia la provincia de Venezuela⁵⁷, donde fueron sorprendidos, antes de desembarcar, por dos guardacostas españoles. Es interesante conocer el testimonio de Edsall sobre lo ocurrido: “Tan pronto como los avistó el ‘Leandro’, se puso al habla con nosotros y nos ordenó atacar por sotavento⁵⁸. El ‘Leandro’ debía atacarlos

55. J. Edsall, *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996, p. 25.

56. Este es un error de Edsall, pues el arribo a Jacmel se produjo el 19 de febrero.

57. El autor ubica a Caracas y a la provincia de Venezuela en el “golfo de México”. J. Edsall, *Op. cit.*, p. 31.

58. Antes de la partida de Jacmel, Edsall había sido trasbordado con algunos de sus compañeros a la *Bee*.

por Barlovento y abordarlos. Obedecimos la orden y habiéndola ejecutado con entusiasmo, no supimos de nuestro compañero hasta llegar casi a tiro de cañón, en que al mirar en busca del 'Leandro' y nuestro valiente general, vimos que, creyendo 'que la prudencia es la mejor compañera del valor' habían cambiado de rumbo y se alejaban a toda velocidad, dejándonos abandonados a nuestra suerte"⁵⁹.

Las embarcaciones que acompañaban al *Leander* fueron rodeadas y atacadas por los guardacostas españoles hasta lograr su rendición. Los prisioneros tomados, unos 60 hombres, se remitieron a las bóvedas del castillo San Felipe en Puerto Cabello⁶⁰. Poco después, "a fines de junio o a principios de julio" comenzó el juicio de los prisioneros en un salón habilitado dentro del castillo. Presidía los interrogatorios el "Teniente Gobernador de Caracas". Los prisioneros eran trasladados en grupos de cinco, siendo interrogados de manera individual. Edsall compareció ante los jueces en cinco oportunidades. El autor advierte en su relato haber dicho siempre la verdad, después de haber jurado sobre la Biblia. Confiesa que, a pesar de las "amenazas, ruegos y promesas" recibidas durante los interrogatorios, nunca se apartó de la manera como ocurrieron los hechos.

Dos semanas después de haber concluido los interrogatorios (20 de julio), se reunió a los prisioneros en el patio del castillo para comunicarles la sentencia del tribunal. Los reclusos fueron condenados a las siguientes penas: 10 de ellos, "oficiales bajo el general Miranda", serían ahorcados al amanecer del día siguiente, siendo luego decapitados y sus cabezas exhibidas en los 'sitios más públicos del país'; 14, serían encarcelados durante diez años en el castillo de Omoa (Honduras) y obligados a trabajar en las obras que se les asignaran;

59. *Ibidem*, pp. 32-33.

60. Son varias las oportunidades en que Edsall realiza extensas citas de la obra de Moses Smith. (J. Edsall, *Op. cit.*, pp. 36-37 y 46-48). El autor justifica este procedimiento con las siguientes palabras: "Habiendo manifestado hace poco mi ignorancia en el arte de escribir, reconozco deber a Mr. Smith el relato de muchos sucesos que sin eso hubieran escapado a mi memoria, y si mis lectores descubriesen alguna coincidencia, deberán recordar que fuimos compañeros de sufrimientos y que, por lo tanto, puede haber poca diferencia en nuestras expresiones. Como en algo debiera yo compartir su compañía, se me debe excusar por haberme tomado la libertad de utilizar su narración en ayuda mía" (*Ibidem*, p. 54). Más adelante, refiriéndose a Smith reconoce que le es "deudor a su relato de muchas fechas y pequeños sucesos que, tal vez, hubieran escapado a mis recuerdos" (*Ibidem*, p. 71). En efecto, abundan los pasajes en que Edsall se sirve de la obra de Smith sin citarla expresamente (*Ibidem*, pp. 51-75).

en este grupo estaban John H. Sherman, Henry Ingersoll y el propio Edsall; 14, serían sometidos a una pena similar en la isla de Puerto Rico; entre ellos figuraba Moses Smith; y 19, casi todos “marineros comunes”, a ocho años de reclusión y trabajos forzados en Boca Chica (Cartagena).

Diez días después de la ejecución de los condenados a la horca, partían los prisioneros a bordo de *El Príncipe de la Paz* con destino a Cartagena. Tan desesperada era su situación, según el relato de Edsall, que habían planificado tomar el control de la embarcación o hacerla estallar en llamas a la primera oportunidad. No obstante, siempre eran descubiertos antes de proceder. El 17 de agosto siguiente arribaban a su destino. De inmediato fueron trasladados a una prisión en la que debían compartir alojamiento con otros prisioneros, entre “pícaros, ladrones, piratas mezclados con esclavos y hombres honrados (si alguno se pudiera encontrar)”⁶¹.

Son diversas las noticias que aporta Edsall sobre la reclusión sufrida: trabajo realizado por los condenados a permanecer en Cartagena; colaboración prestada por varios visitantes norteamericanos (Sandford, Backer y Carson)⁶²; cepos, grillos y cadenas que los sujetaban; enfermedades más frecuentes; muerte de varios compañeros; alimentación recibida; trato dado por los soldados; trabajo artesanal en el que ocupaban el tiempo; y petición dirigida por 20 prisioneros norteamericanos al Presidente y Congreso de los Estados Unidos solicitando su mediación para ser liberados (Cartagena, 30 de diciembre de 1806)⁶³.

Por último, el autor relata los pormenores de los intentos de fuga de los prisioneros reclusos en Cartagena. Algunas veces de manera individual y otras formando grupos nunca se dieron por vencidos. La fuga más notable fue la que ejecutaron la noche del 7 de noviembre de 1807, habiendo ensanchado la hendidura o tronera que atravesaba la pared exterior de su calabozo. Después de vagar durante varios días, la mayoría de los fugitivos fueron recapturados y devueltos a su prisión. Varias semanas después, una vez recuperados de los castigos inflingidos (35 días encadenados en el cepo),

61. *Ibidem*, p. 51.

62. No coincide Edsall con Smith en la forma de escribir los dos primeros apellidos, aunque sin duda se trata de las mismas personas.

63. *Ibidem*, pp. 52-65, 73 y 77.

volvieron a escaparse por el mismo boquete, cuya mezcla de relleno, colocada por los carceleros, aún no se había endurecido. Debieron esperar casi un mes para abordar la embarcación que los trasladaría a Cuba, gracias a las gestiones del capitán Sandford. De esta manera consiguieron su liberación diez de los prisioneros, entre ellos Edsall, quien permaneció en La Habana durante algún tiempo antes de regresar a su país de origen⁶⁴.

6. Henry Ingersoll

Finalizamos esta revisión con la obra de Henry Ingersoll, formada por una serie de cartas y un diario redactados por el autor durante la travesía de la expedición mirandina, la reclusión en Cartagena y el regreso a los Estados Unidos. De las obras analizadas, esta fue la que más tiempo permaneció inédita, pues sólo se publicó de manera parcial a finales del siglo XIX, de acuerdo con el siguiente registro bibliográfico:

- “Diary and letters of Henry Ingersoll, prisoner at Carthage, 1806-1809”, en: *The American Historical Review*, vol. III, núm. 4, New York, Julio 1898, pp. 674-702. Introducción: Edwin Erle Sparks; Notas: J. F. Jameson.

Sánchez informa que esta fue una edición parcial de los manuscritos del autor dedicados al tema: “Parece que la parte que falta del *Diario* la posee ‘The Boston Athenaeum’ junto con otros originales de Ingersoll”⁶⁵. Por su parte, Bruni Celli describe el contenido de la publicación en la que se alternan cartas y fragmentos del diario llevado por Ingersoll⁶⁶.

Casi un siglo después, se publicarán en español la mayoría de las cartas escritas por Ingersoll. Su traducción y edición se debe a Edgardo Mondolfi, cuya obra ya hemos citado antes:

64. Al final del capítulo X (pp. 82-84), el autor ordena las noticias que tenía sobre sus compañeros de infortunio para el momento de la publicación de su libro (1831).

65. M. S. Sánchez, *Op. cit.*, p. 173 (núm. 415).

66. B. Bruni Celli, *Op. cit.*, p. 734 (núm. 3305).

· *Testigos norteamericanos de la expedición de Miranda: John Sherman, Moses Smith, Henry Ingersoll*. Caracas: Centro Venezolano Americano; Monte Ávila Editores, 1992. Las cartas de Ingersoll figuran entre las pp. 109-140.

Mondolfi confiesa que este material le fue suministrado por Pedro Grases, quien lo había localizado durante sus investigaciones en los Estados Unidos. Sin embargo, el traductor prefirió editar sólo la serie de cartas dejando para otra oportunidad las “memorias” de Ingersoll sobre la expedición⁶⁷.

El conjunto comprende diez cartas: nueve dirigidas por Ingersoll a sus padres, hermanos y otras personas que mencionaremos más adelante, y la última, que le fuera remitida por Henry D. Sedgwick, amigo de su familia. Están datadas entre el 22 de marzo de 1806, a bordo del *Leander* y el 8 de agosto de 1809, en Stockbridge. Se echan de menos varias cartas, en las que Ingersoll figura como remitente o destinatario, según las menciones que aparecen a lo largo de la correspondencia. A pesar de los vacíos existentes, es posible intentar la reconstrucción, así sea parcial, de los hechos narrados por el autor.

Ingersoll se había embarcado en el *Leander* como tipógrafo. Aunque ignoraba cuál era el destino y la misión de la empresa, confiaba en “la fe y el honor” de sus organizadores. Estaba seguro del éxito de la expedición y de que no regresaría “con las manos vacías como en el momento en que partí”⁶⁸. Después de diecisiete días de navegación desde su salida de Nueva York, el 19 de febrero de 1806 anclaban en el puerto de Jacmel. De inmediato iniciaron gestiones para contratar otra embarcación. Durante los cuatro días siguientes, Ingersoll y otros compañeros, se ocuparon de instalar la imprenta que traían a bordo y de imprimir “dos mil proclamas en español, declarando cuál sería nuestra intención y que, tan pronto llegáramos a nuestro lugar de destino, serían repartidas a todas partes del mundo”⁶⁹.

Un vacío en la correspondencia nos impide saber de Ingersoll hasta el 17 de febrero de 1807 en que lo encontramos prisionero en Cartagena (Carta

67. E. Mondolfi, *Op. cit.*, p. 25.

68. *Ibidem*, pp. 110-111.

69. *Ibidem*, pp. 109-110.

II). Desde allí les informaba a sus padres que estaba a la espera de ser trasladado al castillo de Omoa, lugar al que había sido condenado. Les contaba de la “memoria” que habían dirigido al gobierno de los Estados Unidos denunciando a los responsables de la “pérfida expedición de Miranda” y solicitando su mediación al respecto. Para el 2 de agosto siguiente (Carta III) les daba cuenta de los auxilios recibidos del comité de vecinos formado en Nueva York. Agradecía la colaboración del capitán Carson, y antes, la del capitán Barker, dos compatriotas interesados en mejorar la situación de los prisioneros. Casi un año después, el 4 de julio de 1808 (Carta IV), Ingersoll le recomendaba a su padre que buscara el apoyo de Barnabás Bidwell, integrante del Congreso de su país, y al mismo tiempo que solicitara una recomendación a su favor por parte de algún vecino notable de Stockbridge, la cual debería enviarse al embajador español en los Estados Unidos. En su opinión, con estas gestiones podría conseguirse que el rey de España lo perdonara, tal como había sucedido con Jeremiah Powell, su compañero de infortunio, quien era hijo de un juez en Canadá.

Ingersoll no perdía las esperanzas de obtener la libertad. El 1º de octubre de 1808 le escribía directamente a Barnabás Bidwell (Carta V), miembro del Congreso por el condado de Berkshire, al que pertenecía Massachusetts, su ciudad natal, exponiéndole su caso en particular y la posibilidad de conseguir su liberación si se acudía ante las autoridades españolas. En igual sentido, se dirigía el 6 de diciembre siguiente a Horatio Jones (Carta VI), administrador de correos de Stockbridge. Le relataba la suerte sufrida por el grupo de prisioneros norteamericanos desde su llegada a Cartagena: seis habían muerto, cuatro lograron fugarse y uno fue indultado. Un mes antes, 18 de ellos, habían escapado de su prisión, siendo recapturados en los alrededores de Cartagena. Sólo tres lograron su cometido: John Sherman, Moses Smith y William Lippencott; los demás, entre ellos Ingersoll, fueron condenados a permanecer en el cepo durante cuatro meses. Últimamente, se había interesado en su suerte el capitán Edward Kittoe, comandante de una corbeta inglesa recién llegada a Cartagena. Aunque sus gestiones ante las máximas autoridades de aquella jurisdicción no habían tenido el éxito esperado. Sin embargo, había partido con despachos para la Junta de Gobierno de Sevilla, el Gobierno de los Estados Unidos y varias personas en Norteamérica. Al final de su carta para Jones, Ingersoll suministra la siguiente información, de sumo interés para el tema que nos ocupa: “Uno de mis compañeros de infortunio, el señor Saunders, acaba de terminar un opúsculo que contiene una relación exacta de la expedición de Miranda. El material del que extrajo este pequeño libro

se lo suministró James Gardner, en vísperas de su ejecución en Puerto Cabello. Me parece muy completo y creo que será leído ampliamente, excitando la indignación de todos los norteamericanos honestos. Pone al descubierto a gran número de personas que hasta el momento han gozado de la confianza de sus conciudadanos y ocupado altos cargos de honor y prebendas gracias a las bondades y luces de su pueblo, demostrando que eran los cómplices de un malvado e inescrupuloso villano. El señor Gardner asistió a varias reuniones secretas de los vecinos de Nueva York antes de la partida de la expedición”⁷⁰.

Dos meses después, en una carta dirigida a sus hermanos, fechada el 3 de febrero de 1809 (Carta VII), les hacía un recuento de las gestiones realizadas para conseguir la liberación. Estaba extrañado de no haber obtenido respuesta a ninguna de sus cartas. La perseverancia de Ingersoll se vería recompensada al quedar en libertad el 30 de mayo siguiente, como resultado de la petición que dirigiera el padre de Henry D. Sedgwick, un amigo de su familia, al señor Erskine, embajador de Gran Bretaña en los Estados Unidos, quien le planteó el caso al señor Hammond, subsecretario de Estado norteamericano, a la sazón en Londres, y consiguió la mediación del almirante Apodaca, embajador de España en Gran Bretaña. De esta manera, el 22 de febrero de aquel año, se expedía la real orden que concedía el indulto a Ingersoll, en razón de su ‘buena fe, carácter y poca experiencia’ (Cartas VIII, IX y X).

Consideraciones finales

Es indudable el valor que tienen las fuentes documentales analizadas para conocer la expedición de Miranda a Venezuela. Se trata de una serie de testimonios escritos por quienes fueron protagonistas de los hechos ocurridos. Los datos aportados nos permiten reconstruir los pormenores de la empresa libertadora: preparativos, personas implicadas, materiales adquiridos, itinerario, desarrollo de las operaciones, problemas surgidos y destino de los expedicionarios. Desde luego que cada quien suministra su propia visión de los hechos, muchas veces cargada de subjetividad, un ingrediente difícil de desterrar en documentos escritos en forma de cartas, diarios y memorias.

70. *Ibidem*, p. 126.

Este es un hecho de la historia de Venezuela, como tantos otros a lo largo de nuestro devenir, que debe ser reinterpretado tomando en consideración la diversidad de fuentes documentales existentes al respecto: el testimonio de Miranda y de sus oficiales de confianza, el relato de los hombres que participaron en la empresa, la información manejada por el gobierno español, los expedientes levantados contra las personas detenidas y enjuiciadas tanto en Venezuela como en los Estados Unidos, las noticias suministradas por la prensa de la época (especialmente, la norteamericana y la británica), la opinión que tuvieron los habitantes y las instituciones del país sobre el proyecto mirandino, entre otras. Este acercamiento múltiple nos permitiría obtener una visión más amplia y fidedigna de lo ocurrido.

Por último, no es raro que la información aportada por los expedicionarios contraste con la visión tradicional de gran parte de la historiografía dedicada al tema. Miranda no ha escapado a ese montaje heroico y glorificador sobre el que descansa el período de la emancipación en Venezuela. Creemos, que ya es hora, a dos siglos de distancia, de proceder al estudio e interpretación de la etapa emancipadora, de la que forma parte la empresa mirandina, utilizando los procedimientos y las herramientas que aconseja la investigación histórica. Más que elogios y celebraciones lo que necesitamos es análisis y comprensión, para ver si de una vez por todas empezamos a percibir la historia de Venezuela como un proceso lógico y real, y no como una sucesión de hechos desconectados producto del capricho de los héroes y villanos de cada época.

Bibliografía consultada

Obras de referencia

BENCOMO BARRIOS, Héctor. “Expedición de Francisco de Miranda”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 2, pp. 288-289.

BRUNI CELLI, Blas. *Venezuela en 5 siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998.

MÉNDEZ SALCEDO, Ildefonso. “Armstrong, William”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 1, p. 232.

“Biggs, James”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 1, p. 450.

- MÉNDEZ SALCEDO, Ildefonso. "Edsall, John", en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 2, pp. 172-173.
- _____ "Ingersoll, Henry", en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 2, pp. 792-793.
- _____ "Sherman, John H.", en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 3, pp. 1121-1122.
- _____ "Smith, Moses", en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 2a. ed. Caracas: Fundación Polar, 1997, t. 3, pp. 1150-1151.
- SÁNCHEZ, Manuel Segundo. *Bibliografía venezolanista: contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el siglo XIX*. 3a. ed. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana; Banco Central de Venezuela, 1996. (Colección Documentos).
- SUBERO, Efraín. *Bibliografía de Francisco de Miranda*. Los Teques: Instituto Autónomo de Cultura del Estado Miranda, 2004. (Colección Francisco de Miranda).

Documentación

- ARMSTRONG, William. "Expedición de Miranda en 1806", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, XXIV: 96 (Caracas, octubre-diciembre de 1941), pp. 405-410.
- BIGGS, James. *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*. 2a. ed. Traducción y prólogo: José Nucete-Sardi. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 58; Colección Ambrosio Plaza, 6).
- EDSALL, John. *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*. 3a. ed. Traducción y prólogo: José Nucete-Sardi. Nota introductoria: Ildefonso Leal. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1996. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 57; Colección Ambrosio Plaza, 1).
- GRASES, Pedro. "De la expedición de Francisco de Miranda en 1806", en: *Obras de Pedro Grases*, t. 20, *El viaje se termina*. Caracas-Barcelona-México: Editorial Seix Barral, 1998, pp. 23-31.
- MONDOLFI, Edgardo (Comp.). *Testigos norteamericanos de la expedición de Miranda: John Sherman, Moses Smith, Henry Ingersoll*. Selección, traducción y prólogo:

Edgardo Mondolfi. Caracas: Centro Venezolano Americano; Monte Ávila Editores, 1992.

Estudios monográficos

BENCOMO BARRIOS, Héctor. *Miranda y el arte militar*. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 2000. (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 72; Colección Ambrosio Plaza, 9).

CORREA MIJARES, César. “Las expediciones de Francisco de Miranda”, en: Varios autores. *Rebeliones, alzamientos y movimientos preindependentistas en Venezuela*. Caracas: Presidencia de la República, 2001, pp. 129-146.

GRASES, Pedro. “La imprenta de Miranda”, en: *Obras de Pedro Grases*, t. 8, *La imprenta en Venezuela: I. Estudios y monografías*. Caracas-Barcelona-México: Editorial Seix Barral, 1981, pp. 111-137.

NUCETE-SARDI, José. *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Barcelona (España): Plaza & Janés, 1971.

RODRÍGUEZ DE ALONSO, Josefina. *Vida militar del general Miranda*. [San Sebastián, España: s. n., 1986].